

CARLOS SOBERA

A CONTRACORRIENTE



CARLOS SOBERA

A CONTRACORRIENTE



La lectura abre horizontes, iguala oportunidades y construye una sociedad mejor.
La propiedad intelectual es clave en la creación de contenidos culturales porque sostiene el ecosistema de quienes escriben y de nuestras librerías.

Al comprar este libro estarás contribuyendo a mantener dicho ecosistema vivo y en crecimiento.

En Grupo Planeta agradecemos que nos ayudes a apoyar así la autonomía creativa de autoras y autores para que puedan seguir desempeñando su labor.

Dirígete a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesitas fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puedes contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

Espasa, en su deseo de mejorar sus publicaciones, agradecerá cualquier sugerencia que los lectores hagan al departamento editorial por correo electrónico: sugerencias@espasa.es.

© Carlos Sobera, 2024

© Editorial Planeta, S. A., 2024

Espasa, sello editorial de Editorial Planeta, S. A.

Avda. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona

www.planetadelibros.com

www.espasa.com

Diseño de la cubierta: Planeta Arte & Diseño

Fotografía de la cubierta: © Esteban Palazuelos

Primera edición: abril de 2024

ISBN: 978-84-670-7230-3

Depósito Legal: B. 5.531-2024

Preimpresión: Safekat, S. L.

Impresión: Unigraf, S. L.

Printed in Spain - Impreso en España



ÍNDICE

Mi primera cita	11
0. A contracorriente	15
1. ¿Cómo empezó todo?	21
2. Referentes	37
3. La transición	47
4. Cuando eres cobarde y te portas como un cobarde ...	61
5. Un refugio en mitad de la tormenta	69
6. Quien tiene un amigo tiene un tesoro	81
7. Reducido a cenizas	91
8. El sonido del silencio	101
9. Padre a la fuerza	115
10. Los últimos serán los primeros	129
11. De Madrid al cielo	137
12. Nunca te fíes de nada, pero aprende a confiar en alguien	151

13. No hay papeles pequeños, ni cadena de televisión sin posibles	169
14. Ella	181
15. Elige bien dónde vas, y sobre todo dónde te quedas ..	191
16. Nunca digas nunca jamás	201
17. <i>Roma vicit</i>	217
18. La resurrección: de repartir millones a compartir amores	227
19. Nadie es eterno	239
20. Redes	249
21. Pensando en voz alta	257
Epílogo	271

0

A CONTRACORRIENTE

Por Dios, que nadie piense que soy un revolucionario. Nada tengo contra ellos, salvo que sean ideólogos políticos, que a estos sí que no los soporto. Pero si echo la vista atrás, veo claro el título elegido para este libro que cuenta mi trayectoria personal y profesional. Lo digo porque sí es verdad que he sentido, intuido o tomado decisiones que siempre iban en contra de lo correcto, o mejor dicho, de lo que se esperaba de mí.

De pequeño, me sentía un poeta en mi pueblo. Nací en Barakaldo, en casa de mis padres, en casa de obrero, de familia humilde, trabajadora y bien sufrida, asistido por una matrona. En mi casa había empacho de felicidad y, sin embargo, yo me ahogaba en aquella atmósfera fabril de mi pueblo natal.

Recuerdo que con ocho años, paseando con mis padres por las calles al atardecer, con luz crepuscular, sufrí una tris-

teza inexplicable, acompañada por cierta dificultad respiratoria. Al llegar a casa no pude cenar. Y no por falta de hambre, que siempre tenía. De hecho, mi madre había preparado una chuleta, que por aquel entonces yo veía como un manjar, y fui incapaz de masticar y no digamos de tragar. Hasta entonces jamás había tenido problema alguno. Había sido siempre el perfecto ejemplo vivo de un tragaldabas. El incidente quedó en nada, en una rareza del niño; ya se sabe que los niños tienen muchas rarezas, cosas sin aparente lógica ni explicación.

Años después descubrí que había sufrido un episodio de depresión o ataque de angustia conocido como «bolo histérico» en términos médicos. Cuando estaba en la Universidad de Deusto, unos cuantos años más tarde, volví a pasar por esa amarga experiencia. Entonces, *motu proprio*, acudí al médico, que aprovechó para diagnosticarme la enfermedad.

Así cerraba el círculo y entendía por fin qué me había pasado aquella tarde otoñal de mi infancia. En Barakaldo, mi alma de poeta no podía sobrevivir a la dura realidad de la margen izquierda del río contaminada y de la falta de luz solar, y de alegría. De ahí venían mis angustias, mis sofocos, mis ahogos, mis trastornos de conducta. Así, desde pequeño, ya empecé a circular a contracorriente por la vida.

En el colegio, odiaba la disciplina de formación militar de cada mañana para entrar en clase, y rara vez me colocaba en mi lugar de la fila, tal como nos pedía, altavoz en mano, el hermano Hervás. Alguna torta me dio, pero la guardé siempre con cariño. Tampoco quería estudiar bajo las rudas reglas

del profesorado, y mucho menos ir a colegios donde no podía ver niñas a mi alrededor. Lo de las niñas siempre fue muy importante para mí. De hecho, con el tiempo terminé huyendo de mi cuadrilla porque mis amigos solo pensaban en tomar potes, mientras que yo solo pensaba en «potear» chavalas. Ahí estaba yo, traicionando una de las tradiciones más endémicas de la cultura vasca.

Cuando estudiar era fácil, yo suspendía, y cuando se avanzaba de curso y de dificultad, aprobaba y hasta sacaba buenas notas. Si todos esperaban que fuera por ciencias, yo elegía letras. De niño, y sobre todo de adolescente, vestía como si fuera más mayor. Hasta llevaba abrigos de abogado de película apoyado en mi estatura y mi envergadura. Sin embargo, cuando realmente me hice mayor, me empeñé siempre en vestir como un chaval. Si mis profesores me querían serio y responsable como delegado de curso, yo prefería formar grupos musicales y componer y cantar en festivales. Cuando tenía que haberme ido a Madrid a estudiar Arte Dramático, me quedé en Bilbao estudiando Derecho. Acabé Derecho, y, en vez de dedicar mi vida a la abogacía o al mundo de la oposición (aunque preparé notarías durante dos años, y en el camino renuncié a una beca del Gobierno vasco para estudiar las oposiciones al cuerpo de jueces), me dediqué a la enseñanza universitaria. Me había presentado en un concurso público de la Universidad del País Vasco a tres plazas de profesor. Gané dos: una en la Facultad de Empresariales del campus de Bilbao y otra en la Facultad de Periodismo en el campus de Leioa. Bueno, pues cuando todos pensaban

que escogería la plaza de Derecho Civil en Bilbao por tener mayor proyección profesional, contra todo pronóstico me fui a dar clases de Derecho de la Publicidad a Periodismo. Asignatura, además, de la que yo no tenía ni pajolera idea. Y cuando era profesor, en vez de consolidar mi carrera como doctor, creé el Aula de Teatro de la Universidad del País Vasco (junto al ilustre profesor Pedro Barea) y me convertí en actor y director.

Cuando llevaba diez años de profesor, lo dejé todo y me fui a Madrid para ser, por fin, actor profesional con treinta y cinco años, o sea, ya mayor. Lo que demuestra que nunca es tarde si la dicha es buena.

Cuando parecía que podía triunfar como actor, di un giro a mi carrera y me convertí en presentador. La revuelta que se formó no resultó chica. Todo eran críticas. ¿Qué hacía un actor haciendo de presentador? ¿Había creado un personaje? Y cuando triunfaba como presentador con el mítico *50 x 15*, decidí volver al teatro, y de nuevo se me echaron encima. La pregunta es fácil de adivinar: ¿qué hacía un presentador haciéndose pasar por actor?

Cuando todo el mundo quería que yo presentara *Gran Hermano* en Telecinco, di la espantada y me marché porque quería ser actor. Cuando todos creían que iba a fichar por Antena 3, rechacé la oferta que me hicieron y me fui a trabajar a los canales autonómicos primero y a Euskal Telebista después. Cuando todos pensaban que mi carrera se había agotado, fiché por Antena 3. Sin que nadie me entendiera, abandoné la cadena de San Sebastián de los Reyes y me fui a

trabajar a Murcia. Para ser libre, para hacer aquello en que creía sin ajustarme a las decisiones de otros, ni a las ideas de otros, ni a los tiempos de otros.

Cuando nadie quería presentar *Atrapa un millón*, yo me atreví a hacerlo y acabé triunfando en audiencia. Cuando en la misma cadena me dieron por amortizado por tener ya cincuenta y cinco años y estar muy visto, y quizá muy alejado de los gustos de la gente joven, me reinventé aceptando un formato que según todos no me pegaba ni con cola: *First Dates*, precisamente un formato para gente joven. Cuando ya nadie se lo esperaba, pude presentar *Gran Hermano* en Telecinco (aunque fueran solo dos programas, sustituyendo por enfermedad a Jorge Javier Vázquez), y otro *reality* de más postín, *Supervivientes*, donde llevo varias ediciones, y todas felices.

Cuando todos me dicen «no, no lo hagas, te arruinarás», compro un teatro en el centro de Madrid. Y lo vendo sin escuchar consejos en contra, y gano dinero en el trayecto. Cuando ya no tengo edad para ser padre, y ni siquiera recuerdo qué hay que hacer para serlo, soy papá con cuarenta y ocho años nada menos. A pesar de nacer en el País Vasco, ni me gusta el pescado ni el *kalimotxo*, ni aguanto el frío o la lluvia. Y nunca he aprendido a nadar, pese a vivir a pocos kilómetros del Cantábrico.

Y así podría seguir poniendo ejemplos que vienen a dar sustento moral al título que he elegido para esta gran aventura que es escribir, y escribir este libro en particular.

Menos mal que no me gustaban los prólogos, queridos lectores. Llegan a gustarme y no habría empezado el libro

antes de escribir diez mil palabras por lo menos. Pero este capítulo necesitaba colocarlo. Para que sepan por qué me siento así: una persona a contracorriente. Ni siquiera me gustaba el Che Guevara cuando me convertí en adolescente. Y era lo suyo. A todos les encantaba el Che, con su aire revolucionario y su bella melena al viento, con la leyenda de una muerte prematura en los llanos de Bolivia luchando por las libertades, con su gorra militar de medio lado: mito y héroe al mismo tiempo. Pues no, a mí no. Algo intuí que la historia confirmó y que para mí degradó su aura de dios a penumbra de triste delirio de poder.